CAPÍTULO XV.

Sitio de Querétaro.—Castillo, gefe de Estado Mayor general.—Combates del 24 de Marzo y del 1º de Abril.—Fragmento de una carta del emperador.—Carta á Herzfeld.—El ejército condecora al emperador.—Los hospitales de Querétaro.—Carta de un oficial prisionero.

En lugar de Márquez fué nombrado gefe de Estado mayor general, Severo Castillo, tenido por una de las mejores capacidades militares del partido conservador, y notable estratégico. Era juntamente con Miramon y Arellano, uno de los pocos generales que recibieron su educacion en el Colegio de Chapultepec, y que habian ganado sus altas graduaciones en el ejército, y por escala progresiva y regular. Porque es de saber, que la mayor parte de los oficiales de Estado Mayor no debian su carrera sino á los repetidos pronunciamientos.

Comandantes de cuerpo habia que no tenian realmente ni la menor instruccion. No exagero en lo mas mínimo; algunos de ellos, generales y todo, miraban con ojos estupefactos un plano de las posiciones, preguntando ingénuamente lo que significaban todos aquellos puntos y todas aquellas líneas trazadas en el mapa. Castillo, señaladamente, era considerado como un instruido militar; referíase con énfasis que hasta estudiaba en sus libros. Independientemente de sus conocimientos teóricos, Castillo era un general muy distinguido y de estraordinaria sangre fria. Imposible parecia que fuese tan enérgico aquel hombre pequeño, de aspecto delicado, tímido en el hablar, y sordo por añadidura.

Pero aquella sordera suya le perjudicaba menos de lo que pudiera uno figurarse á la hora del combate, porque aun cuando no percibiese el fuego del enemigo, lograba orientarse perfectamente con solo las respuestas de sus ayudantes á sus continuas preguntas: "¿Ya? ¿Todavía? ¿De dónde?" Era ademas un leal y honrado servidor de Maximiliano, á quien se mantuvo adicto hasta el último momento; soldado en todo y por todo, pero desgraciadamente sobrado contemporizador y de poca iniciativa.

A las órdenes de Castillo la defensa adquirió mayor precision, y ya en los combates posteriores al 22 de Marzo hubo de notarse mas unidad de mando.

Pasó el dia 23 sin que se nos molestase; hasta llegamos á tener esperanzas de que el enemigo, desalentado por la dura leccion que se le dió el 14, se abstendria de atacarnos en lo sucesivo. No esperábamos, por cierto, que se retirase, ni que levantase el sitio; pero sí confiábamos en que nos dejaria tranquilos unos catorce dias siquiera, que mas no se necesitaba para que volviese Márquez con auxilios. Podiamos, entre tanto, terminar las fortificaciones de la ciudad, reforzar nuestras posiciones, y tomar la ofensiva no bien llegase Márquez. Disminuiríase entónces con mucho la desproporcion numérica; y nuestras bisoñas tropas, que ya habian hecho sus primeras pruebas recibiendo de una manera tan brillante el bautismo de fuego, animadas con la presencia de los selectos cuerpos que debian llegar de México, podrian sostenerse con ventaja frente al enemigo.

Pero estaba decretado que no habiamos de descansar. El 24, el enemigo que habia recibido considerables refuer-

zos de México, Puebla y Guerrero, se movió para un nuevo ataque. Habian llegado al campo contrario el general Ignacio Martinez con cinco mil hombres, y Riva Palacio con dos mil ochocientos; por manera que el ejército disidente, segun sus propias relaciones, no tenia menos de cuarenta mil soldados. Estas nuevas tropas, que aun no conocian nuestro modo de pelear, fueron colocadas por Escobedo en la primera línea. Pintóseles como muy fácil, segun dijeron despues los prisioneros, el combatir contra nosotros y el vencernos. Entre tanto, en los partes enemigos se representaba el ataque del 14 de Marzo como un mero reconocimiento, disimulando de esa suerte el descalabro sufrido.

Desde las cuatro de la mañana comenzaron á verse fuertes divisiones de tropa enemiga, moviéndose rumbo al Sur de la ciudad, hácia la Alameda.

Como que le habia salido fallida el dia 14 su tentativa de un ataque combinado, creyó poder alcanzar ahora mejor éxito atacando la ciudad por el punto mas indefenso. La línea entre la Alameda y Casa–Blanca aun no la fortificábamos, y su defensa estaba encomendada á solo la caballería.

A las ocho de la mañana se veian distintamente avanzar de la Cuesta China numerosas columnas de infantería, seguidas de destacamentos de caballería y de artillería de campaña. Desplegábanse esas columnas á lo largo del Cimatario, lo mas cerca de la garita del Pueblito, en donde se hallaba el Estado Mayor general de nuestra division de caballería. Estos movimientos del enemigo indicaban que su designio era apoderarse del punto entre Jacal y el Cimatario, punto por donde Márquez habia pasado poco ántes, para cortarnos de esa manera nuestra única comunicacion con México; podia tambien tratarse de un ataque sobre nuestra línea meridional, estensa y abierta.

En el acto habia comprendido el emperador lo grave de

la situacion, así es que se dictaron todas las órdenes para salir al encuentro del enemigo, el cual indudablemente queria dirigirse del Cimatario sobre la garita del Pueblito, con el fin de desalojar á nuestra caballería.

No se hizo esperar mucho tiempo el combate. Algunas fuertes columnas de infantería, seguidas por la caballería, y sostenidas por el fuego de veinte piezas, atacaron á medio dia la Casa–Blanca en donde estaba Mejía, mientras otras columnas desembocaron sobre nuestra línea entre la Alameda y Casa–Blanca, defendida por Miramon.

Ambos generales dejaron tranquilamente acercarse á las columnas enemigas; y solo cuando ya estuvieron á tiro, rompieron contra ellas un fuego vivísimo. El enemigo, que hasta entónces habia avanzado á paso de carga, se detuvo de pronto. Avanzaron entónces de la Alameda las tropas de Miramon, y de Casa–Blanca las de Mejía. El triunfo de Miramon fué instantáneo; pero la caballería de Mejía vaciló por un momento, ante el nutrido fuego de la artillería y de la infantería enemigas. Entónces Mejía con los oficiales de su Estado Mayor salió de las filas; espoleó á su caballo el atrevido general, y gritando: "*¡Muchachos, así muere un hombre!*" avanzó solo. Toda su tropa le siguió, animada con tan heróico hecho.

En ambos puntos hubo de ceder el enemigo. En esta jornada, el príncipe de Salm mandaba una brigada que el emperador habia puesto á sus órdenes, despues de su brillante comportamiento el dia 14. El mayor de caballería Malburg hizo cincuenta prisioneros, y tomó personalmente una bandera. El total de prisioneros que aquel dia se hicieron pasó de cuatrocientos, entre los cuales habia catorce oficiales.

Durante el combate, el emperador se situó en la azotea del convento de la Cruz con el gefe de Estado Mayor Castillo, y con los dos oficiales Swoboda y Fürstenwärther

agregados á este. A eso de las tres de la tarde, fué atacado tambien el convento por una columna sostenida por el fuego de la batería de la Cuesta China; pero tambien fué infructuosa esta tentativa. Una de las granadas que contra el convento se dispararon, reventó á pocos pasos del emperador sin hacer el menor daño á los que le rodeaban, á la vez que caian gravemente heridos tres soldados de los que estaban en la misma azotea.

En los dias 25 y 26, hizo el enemigo repetidas tentativas para destruir el puente que de San Sebastian conduce á la ciudad, sobre el Rio-Blanco, pero fué rechazado siempre.

Entre mis papeles hallo el siguiente fragmento de una carta que me dictó el emperador para el prefecto de Miramar, la cual debe de ser muy poco posterior al dia 24:

"..... Maravillados han de quedar todos mis compañeros de marina al saber que estoy mandando un verdadero ejército.

"Por ahora he hecho á un lado la administracion; ahora soy general en servicio activo y en el campamento, con botas altas, espuelas y *sombrero ancho*. No conservo de mis arréos de almirante sino el anteojo, el cual no me abandona nunca. Con verdadera pasion estoy desempeñando mi nuevo oficio, y encuentro un verdadero atractivo en el pelear, especialmente con tropas valientes y llenas de entusiasmo como lo son estos jóvenes soldados. Del mismo modo que cuando estaba yo en la marina inspeccionaba de dia y de noche llegando de improviso á los navíos y á los cuarteles, así visito ahora continuamente las avanzadas, y me aparezco á deshora de la noche en las líneas esteriores. Ya me conoce bien el enemigo, de tal suerte, que cuando me presento diariamente en las avanzadas ó delante de las obras esteriores, lanza granadas y balas sobre mí y sobre mi Estado Mayor, como quien tira al blanco. En el combate del 24, reventó una granada á tres pasos de donde yo estaba; pero afortunadamente no mató á nadie y solo hirió á tres soldados. Ya le enviaré á vd. un casco de esa misma granada, para nuestro pequeño museo de Miramar. En esta guerra no tengo á mi lado mas que mexicanos, y eso no por casualidad sino por cálculo mio. En la actualidad no tengo conmigo en Querétaro mas europeos que al Dr. Basch mi médico, y á Grill entre la servidumbre. Ni aun en mis tropas hay extrangeros; mientras que en las de Juarez, mi adversario, hay muchos americanos de los Estados-Unidos, y hasta hemos hecho ya prisioneros á algunos oficiales de estos."

En los siguientes dias, para nada nos molestó el enemigo. Todo se redujo al cañoneo contra el convento de la Cruz, sobre el cual lanzaron balas durante dos horas, en la mañana y en la tarde.

El emperador trabajaba asíduamente todo el dia con los generales, y hacia visitas cuotidianas á las fortificaciones, respecto de las cuales se trabajaba con actividad tanto por parte nuestra como del enemigo.

En medio de estas ocupaciones militares, andaba el emperador meditando un plan para el caso de que lograse derrotar al enemigo despues del regreso de Márquez. Constante siempre en su designio de convocar una asamblea nacional, pensaba trasladar el asiento del gobierno á Nuevo-Leon, y espedir allí la convocatoria. Me decia, que de tiempo atrás tenia la idea de trasladar la capital al centro del país, y que Nuevo-Leon, ciudad de cosa de 130,000 habitantes y cabecera de la industriosa provincia del mismo nombre, le parecia el punto mas á propósito.

Desde el 26 de Marzo no nos habia atacado formalmente el enemigo; limitábase á avanzar mas y mas sus paralelas, para estrecharnos mas de cerca. Entre tanto, comenzaban

á escasear los víveres en la ciudad por la negligencia del anterior gefe de Estado Mayor. Pocas provisiones quedaban, así de carne como de maíz; estábamos, sin embargo, contentos, pensando que Márquez habria de llegar dentro de ocho ó diez dias á lo sumo.

El emperador vigilaba de un modo especial el cuidado de los enfermos. Diariamente visitaba los hospitales, hablaba á los heridos, los consolaba, y los socorria con dinero de su bolsillo.

El 29 de Marzo, por encargo del emperador y en parte bajo su dictado, escribí al consejero Herzfeld á Viena la siguiente carta:

"A fines de Febrero escribí á vd. desde Querétaro una larga y minuciosa carta, en la cual le referia todo lo acaecido desde el dia 13 en que salimos de México hasta el 19, dia en que llegamos aquí. Pero como no se puede contar con que lleguen á su destino las cartas que tienen que atravesar por el territorio enemigo, creo oportuno adjuntar á esta un duplicado de mi anterior, de la que le escribí en Querétaro.

"Ya deberá vd. saber á la hora de esta, cómo los franceses que á todo el mundo hacen feliz, abandonaron por fin á México. En el momento en que escribo estas líneas, se encuentran ya en Veracruz. Fuéronse de tapadillo, no como quien puede volver el rostro complacido á la obra que tras sí dejó, sino como quien no se atreve á volverlo por temor de que se le arroje á la cara la inmundicia que marca sus huellas. Y así es la verdad, que solo inmundicia dejaron, y mucha. Su mariscal era un hombre muy honrado; solo que ántes de marcharse vendió los muebles cuyo uso le habia concedido el gobierno, y así mismo convirtió en moneda contante los coches de Santa-Anna que eran propiedad del Estado, y que Juarez respetó siempre. Es ya

notorio que entró en relaciones con Porfirio Diaz, y que vendió armas y municiones á los disidentes. No contento con eso el honrado mariscal Bazaine, mandó destruir durante las veintiocho horas que precedieron á su marcha, armas, municiones y cuanto pudo. Hízose ademas reo de traicion directa, partiendo cuatro horas ántes de la convenida, por manera que durante todo ese tiempo quedaron completamente indefensos los baluartes esteriores.

"Tan luego como S. M. tuvo la certidumbre de que el grueso del ejército francés habia desocupado ya el valle de México, determinó ponerse á la cabeza de las tropas, y rodeado de los mejores generales del ejército mexicano emprender la guerra, que de cualquier manera habia de decidir de la suerte del imperio. Lleno de confianza S. M., fió en esta vez su persona únicamente á los mexicanos. Yo soy no solamente el único austriaco, sino el único europeo que está á su lado; como tambien soy el único que tiene el honor de saber su voluntad, me ha encomendado la comision de hacer á vd. directamente la relacion de la campaña, en la cual he tomado parte. (Aquí seguia el relato de nuestra marcha).

"Llegamos á Querétaro el 19. Los generales Miramon y Mejía salieron á caballo á encontrar al emperador. La entrada de S. M. en la ciudad fué verdaderamente brillante, y lleno de entusiasmo y de sincera alegría el recibimiento que la poblacion le hizo. Al llegar á las fortificaciones esteriores, los cañones hicieron salva, las calles estaban atestadas de pueblo, y resonaba el aire con los gritos de júbilo y los *vivas*. Un poeta no dejó escapar la oportunidad de inspirarse, é hizo al emperador un himno, que impreso en hojas sueltas se arrojaba de las azoteas á la gente de abajo, la cual se disputaba su posesion como cosa preciosísima. Fué recibido S. M. en el Casino español, en donde se le tenia preparado alojamiento por los generales y las

primeras autoridades civiles; de allí le acompañaron á la Catedral, en donde se cantó el *Te-Deum*. Los generales Miramon y prefecto Escobar arengaron á S. M. El segundo cerró su discurso con las siguientes palabras: "*¡Dios os bendiga, Señor, y á nosotros tambien, para que la posteridad os proclame con justo título de gloria:* MAXIMILIANO EL GRANDE!"

"Los últimos dos correos fueron interceptados, y destruida la correspondencia por los franceses que ahora se están embarcando; mientras nuestros ex-aliados no desocupen enteramente el territorio, serán vanos todos los esfuerzos de S. M. Ha renunciado á escribir, desde que le fueron interceptadas tantas cartas suyas; por eso me encarga, que si le llegan á vd. las mias, enviadas por la casa Davidson-Rostchild, le envíe una copia de ellas á..... (Aquí seguian encargos particulares).

"El único motivo de que S. M. no escriba directamente es, que como van todas sus cartas dirigidas á elevados personages y es tan conocida la letra de S. M., llaman la atencion de los agentes franceses. Debo igualmente participar á vd. que junto con mis cartas iban órdenes é instrucciones, tanto para vd. como para el coronel Leisser, con respecto á los voluntarios.

"Escribo á vd. estas líneas desde Querétaro, en donde hace ya un mes que estamos sitiados por el enemigo, el cual entre tanto reunió sus fuerzas con....." (Aquí me vuelven á faltar algunas hojas de mi diario).

El 30 de Marzo á medio dia, tuvo lugar en la plaza del convento de la Cruz una importante solemnidad militar, acompañada del forzoso cañoneo y fusilería del enemigo. Acababa de condecorar el emperador por su mano á los oficiales y soldados que se distinguieron en los combates del 14 y del 24 de Marzo; pero el episodio mas interesante

de esta solemnidad, fué una sorpresa que nuestro jóven ejército preparó á su imperial gefe, y con la que quiso demostrar el amor y el entusiasmo de los soldados por la persona del emperador. Despues que el emperador hubo distribuido las condecoraciones, se presentaron los generales presididos por Miramon, el cual en una conmovedora arenga pidió al príncipe licencia y facultad para condecorarlo en nombre del ejército, con la medalla de bronce del *Mérito militar*. Esta medalla, destinada á recompensar todos los distinguidos servicios en la milicia sin distincion de grados, fué fundada por Maximiliano hacia dos años. El llevaba, desde que principió el sitio, las condecoraciones de las dos órdenes de caballería de Guadalupe y del Aguila, de las cuales es gran maestre; pero no queria usar la medalla. Ahora que le fué concedida por el ejército, la lleva constantemente, y aun le da sobre su pecho la precedencia respecto de las otras condecoraciones.

El 1º de Abril hicimos una salida hácia la colina de San Gregorio. Tratábase de desalojar de allí al enemigo, si era posible.

A las tres de la mañana se situaron en la vertiente septentrional del cerro de las Campanas mil hombres de caballería, destinados á apoyar los movimientos de nuestra infantería. A la misma hora, Miramon, que mandaba personalmente la fuerza, hizo avanzar de la garita de Celaya hácia San Sebastian á la brigada Salm, compuesta de l o Cazadores y de un batallon de línea. La vanguardia, guiada por Pitner, sorprendió al enemigo que no tardó en replegarse. La facilidad con que se alcanzó este resultado, indujo á Miramon á no contentarse con ello y á seguir adelante. Movióse Pitner al asalto de San Gregorio, y tomó dos cañones; pero dominado por la preponderancia de las fuerzas enemigas, hubo de tocar retirada, si bien logró traerse las dos piezas quitadas al enemigo.

Tuvieron así mismo buen éxito nuestros combates todos, hasta el 15 de Mayo. Siempre rechazábamos al enemigo, siempre lo desalojábamos de sus posiciones; pero por la desproporcion numérica de nuestras fuerzas, que á la sazon se reducian á siete mil hombres, no nos fué posible sacar mayor partido de nuestras ventajas. La única ganancia que de todos aquellos combates reportábamos era, la de causar perdidas al enemigo matándole é hiriéndole mucha gente, y capturar municiones de guerra. Solo que el enemigo podia soportar tales pérdidas, al paso que para nosotros, nuestros triunfos eran otras tantas victorias de Pirro.

Los dias del 1º al 11 de Abril trascurrieron sin acontecimientos militares dignos de mencion; solo que de hora en hora crecia nuestro vivo deseo de que volviese Márquez, por cuanto andaban ya escasísimos los víveres en Querétaro, y nuestras circunstancias cada vez iban poniéndose mas graves.

Algo mejor estábamos en punto á municiones, como que por todos los medios posibles se trataba de reparar la falta que de ellas hubo desde un principio. Estableciόse una fábrica de pólvora en el convento del Cármen; para los cartuchos, nos valiamos de carton; para las granadas, echamos mano de las campanas; y con el plomo del techo del teatro fundimos balas de fusil.

Entre tanto, además de mi empleo cerca de la persona del emperador se me confió otro cargo: la inspeccion general de los hospitales de Querétaro. Mucho trabajo me costó poner remedio al desórden que allí encontré, por cuanto á que los médicos mexicanos abandonaban el cuidado de los heridos á enfermeros inespertos; no se ocupaban de ellos sino de vez en cuando, y eso para los casos muy graves. Nada, pues, tiene de estraño que aquellos mis colegas se pusiesen desde los primeros dias á urdir una trama contra mí. Veíanse pospuestos á un extrangero, y tratarón de imposibilitarme el desempeño de mi comision. El que hasta entónces habia fungido de médico en gefe se dió por enfermo; algunos de los otros doctores amenazaron con retirarse del servicio. Yo no me dejé asustar, y continué tranquilamente cumpliendo con mi encargo. Como que no era posible sin que los enfermos se perjudicasen desplegar el conveniente rigor contra los médicos, los cuales oponian una resistencia pasiva á cualquiera innovacion, juzgué oportuno establecer en el Casino, y bajo mi inmediata dependencia, una especie de enfermería normal, para demostrarles todo lo que podia hacerse. El emperador cedió el local mas á propósito y en su misma habitacion: eran dos salas y dos cuartos capaces de contener cuarenta camas; allí establecí mi departamento, ayudado por otro médico aleman, el doctor Prandt. Poco á poco fuí introduciendo los reglamentos de esta enfermeria normal aun en los otros hospitales encomendados únicamente á los médicos mexicanos, quienes acabaron por avenirse á ellos. Echaron de ver mis colegas mexicanos que yo, gefe y todo, me sujetaba á aquel riguroso reglamento; no hallaron, pues, una manera decente de evadirse, y no les quedó mas recurso que conformarse con él.

Como que la notoria escasez de la caja militar no permitia ministrar fondos para los hospitales, pensé en establecer una *junta de beneficencia* compuesta del cura, de otros dos sacerdotes, y de algunos vecinos de los mas acomodados; yo entré á formar parte de ella, conforme al deseo de los demas miembros.

Conseguimos de los habitantes, ropa blanca, colchones, vino é hilas. Solo que todo ello no alcanzaba por el gran número de heridos, como que además de los nuestros asistiamos á los prisioneros que lo estaban; de ahí es que la mortandad fué considerable, á pesar de todo nuestro esmero.

Asombrados estaban los mexicanos al ver el empeño con que el emperador se ocupaba de los hospitales y del cuidado de los enfermos, empeño que se estendia hasta á los prisioneros, á algunos de los cuales favoreció secretamente con socorros pecuniarios, sin que ellos supiesen apreciar tanta humanidad.

La siguiente carta, de la cual poseo copia, fué enviada al campo enemigo por un capitan disidente prisionero nuestro; en ella se vé cómo atendiamos á los adversarios que caian en nuestras manos:

"*Querétaro, Abril* 26 *de* 1867.

"Al capitan Jorge W. Green, caballero de la Legion de honor.

"Mi querido amigo: el emperador nos ha hecho el favor de permitirnos que participemos á V. y al general Corona que estamos vivos y buenos; yo me aprovecho de esta licencia, pues creo que ya ustedes nos contarán por muertos. Nada de eso; estamos todos con vida, y cuanto bien pudiera yo decir de S. M. el emperador y de todos sus oficiales, seria poco; los franceses, sobre todo, han hecho cuanto estaba en su mano por auxiliarnos y sernos útiles. Tenemos un alojamiento bueno, cómodo, aseado, fresco, muchísimo mejor de lo que esperábamos en nuestra calidad de prisioneros de guerra; otro tanto podemos decir respecto del trato que se nos da. Aquí están con nosotros, dos americanos, Mr. Clark y Mr. Wales. M. Clark es corresponsal del *New-York Herald*, y Mr. Wales lleva ya tiempo de estar aquí. Mr. Wales tuvo la cortesía de socorrernos, para que comprásemos algunas cosas que por lo comun no se conceden á los prisioneros. No ha mucho nos visitó el

general Castillo, quien preguntó á cada oficial si estaba á gusto con el alojamiento y con la comida. Para nada se nos ha abandonado en lo tocante á comodidades. Tenga V. la bondad de preguntar al capitan Bellon y al teniente Bailey, qué se hicieron mis cosas que dejé en el campo, así como mi silla de montar. Salude V. á todos nuestros camaradas. Tenemos esperanza de ser cangeados pronto. Contésteme V. si le es posible; se lo agradecerá mucho su afectísimo

"*Capitan* JHON BRADY.
"*Teniente* JOSÉ PLUKE."

"Señor general Corona.

"El señor D. Miguel Jimenez está aquí prisionero de guerra."

El original de esta carta estaba en inglés. En otra, escrita en español, hablaban en igual sentido y de *motu propio* los oficiales mexicanos prisioneros, á sus compañeros de armas. Entre mis papeles estaba tambien esta, pero se me estravió.